

## ENTIDADES

Isabel Truffer

*“CIBERNÉTICA: (Del fr. cybernétique, este del inglés cybernetics, y este del gr. κυβερνητική, arte de gobernar una nave).1. f. Estudio de las analogías entre los sistemas de control y comunicación de los seres vivos y los de las máquinas” RAE*

Terminó de lavar su plato, guardó el vaso y se fue a dormir la siesta. Ese día, seis de enero, sin el trajín de las fiestas, los saludos y los regalos, comenzaban sus verdaderas vacaciones. Este año, golpeada, dolorida, cansada, había desechado la frescura de la montaña y el ardor de las arenas del mar. Quería dormirse en el sopor de los días vacíos, sin agenda, sin tener que levantarse para disfrutar el día o acostarse temprano porque hay que trabajar. Días en blanco.

Mientras se estiraba con la cama tendida pensaba en sus últimos años, difíciles, tan difíciles que la habían dejado en soledad. La muerte de sus padres, la pelea con su esposo, las disputas con su hermano. A veces, le parecía que lloraba su propia muerte. Se estaba quedando dormida cuando sonó el teléfono, estiró la mano y atendió. Hola, hola? No hubo respuesta. Cerró los ojos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco minutos y nuevamente, el estridente timbre que la alteraba.

Hola, hola? ¿Quién habla? el teléfono permaneció en silencio un minuto y luego el click, y el aullido sordo de la comunicación cortada. Imbécil, dijo y se durmió.

Al día siguiente limpió los canteros, limpió la bandeja de entrada del correo, borró los mensajes acumulados del año, comió una manzana y se fue a dormir la siesta. Estaba dormida cuando sonó el teléfono. Otra vez el silencio. Colgó y miró la hora. Eran las dos de la tarde. Cerró los ojos y, pensó, a la misma hora que ayer.

Y otra vez el teléfono, el minuto de silencio y luego el click y vacío. Eran las dos y cinco. Se levantó malhumorada, y se puso a ordenar los cajones del escritorio. Al atardecer le comentó a su hija, van dos días que me llaman a la siesta y nadie contesta. ¿Si? debe ser alguien que te llama de un celular y no se puede comunicar.

Ese día le tocaba ordenar la ropa de invierno. Se acostó a la una y media de la tarde, esperó despierta, mirando una serie. A las dos en punto sonó el teléfono, silencio, y,...uno, dos, tres cuatro, cinco... y otra vez a las dos y cinco. Enojada e inquieta colgó, se quedó acostada pero mirando al techo. Esto ya no es casualidad ¿Quién será? ¿Que querrá? Debe ser un chico que se está divirtiendo a costas mías, sí, debe ser eso. ¡Estúpido! Se levantó, preparó el mate y llamó a su hija para contarle. Ah, si, deben ser de esa empresa mejicana de comunicaciones que te venden el nuevo paquete, no le vas de decir que sí, como siempre haces vos, mira que no te lo sacas más de encima y te sale carísimo.

Pasaron los días y los llamados. A las dos... y a las dos y cinco. Ya no podía hacer nada, los días se iban entre el teléfono y la angustia. Siempre el timbre, el silencio pesado, luego el click del corte y el sonido lineal de la desconexión. Ya no dormía la siesta. Ya no pensaba en un chico. Estaba segura que era una mujer. La rabia la inundaba, por lo menos toda la tarde ¿Quién sos? ¿Que querés? ¿Por qué me haces esto? El llamado tomaba forma, forma de mujer, con distintos cuerpos, distintos colores de pelo, pero todas sin rostro.

Los llamados se sucedían idénticos, a las dos y a las dos y cinco. Pero el 18 de enero, hubo un cambio. Recibió dos llamados más. Uno a las cinco de la tarde y el otro a las doce de la noche. Ya no contestó más. Sólo lo miraba vibrar, la luz encendida, color naranja estridente del visor y sabía que ella estaba allí, riendo.

Por supuesto, no durmió. Le comentó a su hijo lo de los llamados, lo del silencio, que debe ser mujer. Pero no, no seas sonsa, llamé al 0800 y hice la denuncia.

Se levantó ojerosa, rabiosa, si pudiera saber quien es, la mataría. Y llamó al 0800, y pasó por el ritual inacabable de "Marque la opción 1 si quiere...marque la opción 2... Indique su número de documento,... espere por favor". Cuando llamó por última vez, el himno a la alegría parecía un insulto, eran las doce y no había escuchado una voz humana, sólo grabaciones, azotó el teléfono y se fue a acostar sin comer, esperando los llamados, que cumplieron, infaltables, infables.

Los días y llamados se sucedían, a la misma hora, del mismo modo. Habían tomado ritmo, habían cobrado vida. Durante el día eran cuatro: a las diez de la mañana, a las dos, a las dos y cinco y a las cinco de la tarde. A la noche, a partir de las doce, cada quince minutos hasta las cinco y media de la mañana. Dormía de a ratos, al borde del

amanecer, en las primeras horas de la noche. Y la despertaban chispazos de razón: ¿como paga esta cuenta de teléfono?... deber ser sereno de una institución pública, porque no duerme, ¿y de día? ¿Como hace para llamar día y noche? ¿Y si fuera más de una persona? ...Entonces sería una estrategia organizada, ¿con qué objetivo? ¿quien me puede querer tan mal? ¿A quien le importo tanto? Ahora el silencio, aquella figura humana, tenía forma de hombre. Oscuro, malvado, acechando para atacar, sin rostro. Probó silenciar el teléfono, pero sus ojos se clavaban en el visor naranja. Una atracción oscura, atávica la retenía junto al aparato. En vano esforzaba su mente para penetrar en las intenciones de ese hombre.

Fue a la oficina de la empresa proveedora del servicio telefónico. ¿Usted tiene alarma? No. Entonces, busque una alarma en su barrio, porque eso es una que se conecta a su aparato. Y ¿como busco yo una alarma conectada accidentalmente a mi teléfono? Ah! Pregunte entre sus vecinos. Desorientada, sin dormir, casi la atropella un auto. Preguntó, averiguó por unos días, y después abandonó la búsqueda. Creía ver sonrisas en las caras de sus vecinos cuando ella le decía que hacía treinta días que un desconocido la llamaba por el teléfono y no respondía. La forma humana al otro lado del teléfono se diluía, se desdibujaba, cambiaba, ya no era ni mujer ni hombre, ya no era humano, era una entidad desconocida.

Volvió a la empresa proveedora. Si, me acuerdo de su caso, debe cambiar de teléfono, porque es una conexión que está mal. ¿Como cambiar de teléfono?, si, pruebe con otro. Contrató el servicio de identificación de llamada. A las dos de la tarde, apareció un número en el visor. Llamó. Esto es una cabina, no le podemos decir quien llama de aquí. A los dos o tres días volvió a llamar a ese número que invariablemente se repetía a cada llamado. Deje de molestar, señora, de noche cerramos. ¿Cómo que cierran? Claro, ¡nadie llama de noche de esta cabina, señora! El terror la paralizó.

Esa mañana, su hija cambió el aparato. Ella se sentó a mirar televisión en la cocina, ya no dormía la siesta, con el teléfono en su mano. Temblaba, lo miraba de reojo. Al fin, a las dos, volvió a sonar y su corazón dio un vuelco. Tomó el teléfono y lo apoyó en su oreja. El silencio derramó una sustancia que ella palpaba, ella sentía la presencia no humana, una entidad oscura, venida de aquellos lugares que preferimos ignorar, que entraba por su oído y se alojaba en sus entrañas.

Los días siguientes fueron una sucesión continua e infinita de llamados y silencios simultáneos. Timbre y silencio se habían amalgamado en un nuevo y terrorífico sonido. Caos, asco, terror a lo desconocido.

Enferma, perdida, tiritando de frío en enero, la encontró el último domingo de vacaciones, cuando vino toda la familia a comer. Estaban en la mitad de la comida, cuando sonó el timbrado de las dos. Atendió su hijo y le respondió el silencio. Y después el de las dos y cinco. Todavía estas con esto? Como no dijiste nada? Mañana andá a la oficina de control y hacé la denuncia. No, no, ya no voy, dejalo nomás que siga. No, mirá, yo te llevo.

Despeinada, temblorosa, llegó a la oficina de control de comunicaciones. Esperó hasta que la atendió un muchacho. Casi con vergüenza le contó su irracional agonía de cuarenta días y cuarenta noches. Ah, si, señora. Es un reporte z. ¿Un que? Si, un reporte z, le explicó generoso, todas las sucursales de grandes compañías, como supermercados y cabinas telefónicas, emiten automáticamente un reporte al sistema central, a una hora fija. Por error, el programador cargó su número, y el sistema busca reportarse. Lo miró incrédula. Pero se repite, balbuceó. Es claro, porque al no encontrar respuesta, el sistema reitera el reporte cada vez que encuentra la línea disponible. Espere un segundo.

Listo, ya lo solucioné, dijo sonriente. Si hoy la llama, me avisa mañana.

Se fue hasta el auto de su hijo caminando despacio. Se sentía desilusionada, estafada, engañada, no podía ser un simple sistema de control, tan cibernético, tan racional.

Llegó a su casa, se tiró en la cama, incrédula sufrió gota a gota hasta que llegaron las dos. Apoyó la mano en el teléfono y esperó a que sonara, desesperada esperó a que sonara. Pasaron las dos y las dos y cinco. Silencio. Entonces se largó a llorar como en años no había llorado, por los fantasmas, sus fantasmas, esas entidades tan humanas.